

Como ánaes



Gonzalo Calcedo

Como ánaes



menos**cuarto**

© Gonzalo Calcedo Juanes
© de esta edición, Menoscuarto [E. Cálamo, S. L.], 2021

ISBN: 978-84-15740-73-5
Dep. Legal: P-175/2021

Diseño de colección: Echeve
Ilustración de cubierta:
Corrección de pruebas: Beatriz Escudero

Impresión: Gráficas Zamart (Palencia)
Printed in Spain – Impreso en España

Edita: MENOSCUARTO EDICIONES
Pza. Cardenal Almaraz, 4 - 1.º F
34005 PALENCIA (España)
Tfno.: (+34) 979 701 250
correo@menoscuarto.es
www.menoscuarto.es

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

A mis padres, veinte libros después.

«Una vez hubo truchas en los arroyos de la montaña. Podías verlas en la corriente amarillina allí donde los bordes blancos de sus aletas se agitaban suavemente en el agua. Olían a musgo en las manos. Se retorcían, bruñidas y musculosas. En sus lomos había dibujos vermiformes que eran mapas del mundo en su devenir. Mapas y laberintos. De una cosa que no tenía vuelta atrás. Ni posibilidad de arreglo. En las profundas cañadas donde vivían todo era más viejo que el hombre y murmuraba misterio.»

CORMAC MCCARTHY

Nota del autor

Estos relatos fueron escritos a lo largo del primer semestre de 2020, inicio de la pandemia. Obedecen a la cronología de lo que sabíamos e ignorábamos entonces. Los primeros discurren con la ironía de los que piensan que no serán salpicados. Los siguientes se hacen eco de las pérdidas y la paulatina demolición de lo conocido. El libro concluye con un cuento epílogo que, equivocadamente, buscaba un final asumible a una historia todavía sin cerrar.

Invita la casa

Carmen La Ruffa llevaba semanas tomando decisiones con tres copas de más. No eran juicios necesariamente equivocados, puesto que su límite etílico causaba respeto. Presumía de un hígado de toro y un cerebro blindado contra el deterioro de sus funciones cognitivas. Años de experiencia en aperitivos vinculados a empalagosos congresos de floristería lo corroboraban. Coronas funerarias aparte, lo natural y perfumado causaba empatía. Podía recitar de memoria una veintena de garitos que merecían la pena. Cómo olvidarse del Cimarrón, el Tesela, el Marathon, el Chafar. Si acaso, su último parecer dudoso había sido alojarse en aquel hotel periférico —podía haberlo hecho en el orinado cogollo de la ciudad—, con el resultado de una Carmen La Ruffa maniatada por el nudo de autopistas circundante. No podía huir a ninguna parte salvo que gastase un dineral en taxis y no disponía de ese dineral. El Plazola sobrevivía tras el artificio de un vestíbulo pomposo. El restaurante-bar en el que ella amanecía y los comedores y salas comunicados por tabiques rodantes —el minicasino causaba ternura— habían devorado el tamaño de las habitaciones. Un

estancado hotel de congresos como cualquier otro. Caleb, el barman de su turno preferido —la noche envuelta en rasos escarchados—, la había calado desde el principio y ella se sentía guarecida. Era irónico sin ser hiriente y se le podían perdonar algunos tropiezos autodidactas con los combinados. Los de La Ruffa —se presentó como si llevara la identificación colgada del cuello— eran contundentes chupitos de vodka o tequila. Medicina pura. No requerían pensar demasiado.

El Plazola, mudado en viejo verde, había ido trastocando los hábitos de Carmen La Ruffa. Dormía por las mañanas o lo intentaba. Quemaba las noches en el minicasino, donde apostaba comedidamente —una niña que prueba con recato placeres adultos— y pasaba por el bar antes de acostarse. Lo llamaba su frugal cena desayuno a base de cacahuets, guindas al marrasquino y *grappa*. Allí el destino le había reservado un nido de cigüeña en lo alto de un taburete de *skai* rojo. El artesonado del techo parecía leña apilada, pasto para las llamas. El Plazola, se comentaba por ahí, estaba sentenciado. Sería demolido. La presión del tráfico carcomía sus descarnados cimientos. Los inversores coreanos habían abandonado la nave hacía tiempo —ahora buscaban equipos de fútbol— y al pelotón de camareras de habitación no le abonaban las horas extras.

—Vaya por Dios —había exclamado La Ruffa cuando Caleb mencionó aquel porvenir. Se había girado hacia la puerta de entrada—. ¿Qué pasa hoy? ¿Dónde están todos mis chicos? Me tienen que dar un beso de buenas noches.

—El congreso de enfermería terminó ayer. Los que vinieron anoche no curan gente.

La Ruffa no se había fijado en los carteles del vestíbulo —la programación semanal que rellenaba su ocio—, así que hizo de pitonisa ante el barman.

—Agentes de seguros.

—Constructores, tasadores de fincas, agentes inmobiliarios. Lo de siempre en enero. Vienen todos los años.

A La Ruffa le sonó a cambio estacional. Los conocía bien.

—La flor y nata de las hormigoneras.

—Preparan la temporada y se emborrachan un poco. Todos se parecen. —El barman secaba copas y las alzaba hacia la luz cenital en busca de huellas dactilares, sus dedos largos y tostados de mestizo, la uñas como conchas incrustadas.

La sonrisa de La Ruffa se mantuvo. Le caía bien aquel chico. Unos treinta, pocos más. Ella pasaba de los cincuenta y llevaba un lustro ajándose. Algo irremediable que amargaba sus despertares frente al espejo de turno. Hoy estaba más cansada que ayer. Había arrinconado sus planes de nadar en la piscina cubierta para mejorar su capacidad pulmonar ahora que había dejado de fumar. Llevaba tres meses sin nicotina. A Caleb se lo había confesado a la segunda frase, como si lo conociera de toda la vida y lo tomara por notario.

—Supongo que estarán todos acostados en sus camitas —le dijo refiriéndose a los agentes recién llegados. Su padre había tonteado unos años con el gremio, declarándose promotor. Se había arruinado arrastrando tras de sí a toda la familia hasta un barrizal de empeños y créditos diferidos. Le dedicó un sentido reproche («Viejo del de-

monio») seguido de un trago que dilapidaba su reserva de ternura.

—¿Un amigo? —se interesó Caleb.

—Un pariente lejano. Acabo de acordarme de él. Bendito cabrón. A su salud. —Bebió.

Las sagas familiares, incluida la suya, le aburrían soberanamente. Y los hombres casados. No había nada más inasumible que las penas de un hombre casado depositado como un erizo en un hotel. Un roce y te pinchaba. El que abordaba ahora su territorio con torpeza infantil tenía toda la pinta de serlo.

—Peligro —advirtió el barman.

—Estoy ojo avizor, Caleb. Sé cuidarme.

El advenedizo tomó asiento a su vera. El vacío escénico de la barra había proyectado su persona hacia el único lugar habitado. Bromeó acerca de dos náufragos que se encuentran en una isla, saltándose al barman, y La Ruffa no le rio la gracia. Deslizó la copa hacia el barman empujándola con un dedo cómplice; llevaba anillos hasta en el pulgar. Más de lo mismo, cielito. El barman la atendió primero a ella, devolviéndole la jugada al visitante. Sin perder aplomo le advirtió al tipo que el comedor de los desayunos no abriría hasta las siete y media; entre semana a las seis y media. El asalto armado al *buffet* se postergaba, por tanto, una hora.

—Lo he entendido, chico.

El hombre llevaba una plaquita con su nombre prendida a la solapa de la americana: Lucas Hertz. Cómo había llegado hasta allí no era ningún misterio. Tasaba fincas. Las medía, analizaba el terreno, la esorrentía, contemplaba

la sociedad y sus deseos y emitía un veredicto orientativo que las agencias inmobiliarias y los propietarios no siempre consideraban. Contó los pormenores frotándose las manos. Caray, hacía frío allí dentro. En toda la ciudad. La calefacción del hotel no pasaría ninguna inspección. Él venía de la costa, donde el clima siempre era tibio. Habló de una casita forrada de madera y un embarcadero cercano al que iba con su hijo de nueve años. Precisó la edad como acotando sus circunstancias: todavía un niño. Si hay un hijo, no me interesa, caviló La Ruffa echándole un vistazo por encima del borde del vaso. De la misma estatura que ella, con entradas como golfos y una brillante coronilla papal. El traje le quedaba holgado, dando la impresión de que o bien no era suyo o había adelgazado mucho en poco tiempo. Fue esto último.

—Solo quiero un café —le dijo al barman palpándose el vientre. El médico le había cantado las cuarenta a la vista de sus últimos análisis—. El mismo médico que atendía a mi padre. El escrutador de próstatas.

—Suele pasar —afirmó el barman (una frase neutra, una cita de barra que ni sumaba ni restaba) y La Ruffa lo corroboró con un brindis dirigido a las botellas alineadas como soldados. Chasqueó la lengua. El vodka por la mañana tenía poco de curativo. Pero no era un desayuno, era su copa de despedida antes de acostarse y aquel pobre hombre no tenía por qué saberlo.

De hecho podía seguir el hilván de sus pensamientos, suposiciones que la encasillarían en un modelo de mujer desechable.

—En fin —dijo él claudicando.

—¿No vas a contarnos nada más? —La Ruffa desenfundó sus armas con cansado regocijo, aunque incluir al barman confundió al hombre—. Caleb y yo estábamos bastante aburridos hasta que llegaste.

Tras dudar, el hombre respondió:

—Veo que he llegado tarde a la fiesta.

—Haz un pequeño esfuerzo. Inténtalo al menos. Si no, ponemos la televisión. Las noticias solo hablan de ese virus chino. Por eso la hemos quitado.

—Poco puedo aportar. Mi mujer siempre dice que soy un tipo aburrido.

—Puede ser un cumplido. ¿Qué opinas, Caleb?

—Depende. —Otra respuesta comodín.

—No está equivocada. Soy aburrido. Mortalmente aburrido. Y eso la deprime. Viajo mucho por negocios —despegó la plaquita de su pecho como haciéndole un desaire a la firma que representaba— y cuando llego a casa no quiero moverme del sofá. Ella quiere salir a cenar, ver a amigos. Disfrutar de la vida. Se le llena la boca diciéndolo.

Las cejas de La Ruffa se atirantaron hasta arrugarle la frente. Algo le dijo que Lucas Hertz —como los coches de alquiler, precisó él, pero sin nada que ver—, no era un desecho. Se imaginó compartiendo cama con él. Se arrepentirían, sin duda. Ante los hechos consumados él se echaría a llorar pensando en la dignidad de su mujer. Además ella no era de esas. Nunca daba tantas facilidades. No al menos hasta las últimas semanas, en las que se había desquitado con un desparpajo inédito desde sus tiempos de amazona en la universidad.

El café llegó templado a las manos de Lucas Hertz,